

ella misma tenia. Con este poderoso auxilio, quando en sus confusos temores se veia asombrado y medroso con la funesta imagen de los riesgos de perderse, y combatida su alma de sus turbulentas pasiones, se postraba y rendia á los pies de su crucificado Dueño, y esperando que por los méritos de su Pasion santísima se le habian de perdonar sus culpas, lloraba amargamente sus ingraticudes, y le pedia con ánimo contrito y humillado, le conservara en su divina gracia, segun su paternal é infinita misericordia.

De esta fuente nacia aquellos arroyos de lágrimas y Actos de Contricion verdadera con que fecundaba las almas que con atencion le oian, y se los infundia más con afectos que con discursos, excitando en ellas la firme esperanza con que se animaban para confesarse arrepentidas, y con firmes propósitos de la enmienda. Parecia copiada en el corazon del V. Padre la perfecta imagen de la esperanza christiana con sus mismas facciones, y con el pincel de sus obras, porque tenia tan impresionada en su alma la de Christo crucificado, que se liquidaba amante y compasivo por los ojos, purificando sus afectos con sus lágrimas. Este don que admiraron en un Varon tan sério y animoso muchos hombres doctos y virtuosos, lo calificaron como índice del amor y esperanza con que reverenciaba en sus temores á Dios, y confiaba en la Pasion de Christo, porque nunca se explican bien una confianza y voluntad finas, sino con la eloquencia de las lágrimas.

La fogosidad de su espíritu, que lo acreditó zelosísimo de la mas pura observancia de la Regla Seráfica y del Instituto Apostólico, la cons-

tancia en la oracion, la abstraccion del Mundo, el tenor perpetuo de sus ejercicios espirituales, el inviolable silencio, y la imparcialidad con todos, la continua tarea en los Confesatorios y Púlpitos, las ardientes ansias de padecer y morir propagando la Fe de Christo y promulgando su Evangelio, efectos eran de una caridad encendida, que siempre officiosa; no le permitia descanso, porque solo vivió de la fatiga, no deseando más estipendio de sus afanes, que la moneda con que solo el amor se paga, porque solo estos gages le hacian ser ambicioso, pero nunca satisfecho.

De esa caridad intensa con que amaba á Dios, era consecuencia la inextinguible con que amaba las almas con la sangre de Christo redimidas: de aquí naciañ las ansias con que se desvelaba por reducir á los pecadores á verdadera penitencia, y á los Gentiles al gremio de la Santa Iglesia. Reflexionense los pasos de todas sus largas y penosas peregrinaciones, y no teniendo en ellas otros fines, podrán estimarse en no menos que los de los mas insignes y zelosos Misioneros y Ministros del Evangelio, pues á ninguno fue inferior en la predicacion de Christo crucificado, y por ella en los trabajos, en exponer su vida á los peligros, en las jornadas frías y dilatadas, en los desamparos de los desiertos, en los riesgos de los mares, en las enfermedades, en los continuos desvelos, en la hambre, en la sed, en los muchos ayunos, en el frio, en el intenso calor, en la desnudez, y en otras innumerables incomodidades y congexas que son anexas al ministerio apostólico, practicado al plan con que Christo envió á predicar á sus Discípulos y les intimó á sus Apóstoles. Fuera de todas estas

extrínsecas fatigas, reflexionense tambien las que interiormente padeció su alma, no solo por el tormento de sus continuos temores, sino tambien por los gravísimos cuidados y obligaciones en que le ponian los oficios y la variedad de negocios; y mas que todos, por la instancia quotidiana con que promovia y solicitaba el aumento de las Misiones, la conversion de los Gentiles y de los pecadores, y el de los Seminarios é Instituto Apostólico; y con el conocimiento y conjunto de

tan arduas empresas, conocerá qualquiera que fue el V. P. Fr. Francisco Estevez uno de los mayores Obreros y zelosos Ministros Apostólicos, y en quien manifestó Dios, con singular providencia, la belleza y hermosura de los pies que por los montes y valles anuncian y predicán la paz de la Iglesia con gloria de la Cruz, y evangelizan la exáltacion de la Fe, resplandeciendo en sus pasos la sabiduría del Cielo, la doctrina del Evangelio, y la piedad de sus buenas obras.

CAPÍTULO VII.

Vida del V. P. Fr. Joseph Diez.

Incorpórase en la Mision del V. P. Linaz, y se ocupa con infatigable zelo en el ministerio apostólico.

VOLCAN siempre mal llamado era el corazon del V. P. Linaz, pues de él naciañ unos ambientes fogosos que respiraba su enamorado espíritu, y con que encendia en el divino amor al que se le acercaba: así se vió en Toledo, que entrando en el Convento de San Juan de los Reyes, con solo su aliento quedó inflamado el P. Fr. Joseph Diez, que aunque de solos veinte y seis años de edad, estaba ya instituido Predicador y Confesor en su Santa Provincia, para agregarse á la Mision que andaba colectando. Hacian recomendables sus designios, las personales prendas cultivadas desde su Noviciado en el exemplarísimo Convento de San Diego en Alcalá, con la práctica de las virtudes, y con la aplicacion que habia tenido en la carrera de sus estudios, y por eso el V. Padre le admi-

tió á su compañía muy gustoso, y siempre le miró como escogida piedra sobre que habia de fundarse el Instituto Apostólico.

Llegó el dia de salir de su Convento, y previendo el comun enemigo la guerra que baxo de la Vandra de la Cruz le habia de hacer aquel nuevo Soldado, avivó en su imaginativa tales sugestiones, que resfriaron todos sus concebidos fervores, pareciéndole imposible vencer el amor que tenia á su Santa Provincia, á quien tantos favores debia, y á sus Padres, parientes y dulce Patria, haciendo estos respetos con tal vehemencia sus oficios, que casi sin deliberacion le sacaba del Convento solo el pundonor que siempre habia observado; pero es cierto que no se puede jugar con el fuego, y menos con el que baxa del Cielo, pues llegando á la plaza de Zacado-

be, para salir de Toledo en el punto y tiempo de tocar las Aves Marias, el V. Padre valiéndose del silencio que induce á los Christianos la devoción de rezarlas, y de la ocasión de ser el auditorio muy numeroso, prorumpió en estas breves palabras: «Fieles, ¿en qué pensamos? que nos habemos de morir, pena eterna, ó Gloria eterna.» Con solo este luminoso trueno, se conmovió toda aquella gente en seguimiento de los Misioneros, y encendió en el corazón del V. P. Diez, la lámpara que estaba ya casi apagada, pues lo confiesa de su misma letra, diciendo: «Palabras fueron estas, como primogénito parto de sus labios para mis oídos, que siendo tanta mi tibieza, y mis aflicciones no pocas en dexar mi Santa Provincia, Padres y parientes, me alentaron para proseguir la jornada dilatada y penosa hasta las Indias, considerándome indigno, como lo soy, de venir en su santa compañía, pudiendo decir con verdad: Padre mío, por las palabras de tus labios, yo abrazé y emprendí los caminos duros del Instituto Apostólico.»

Alentado ya de nuevos fervores, prosiguió muy consolado y confirmado en sus propósitos, viendo los auxilios con que el Señor favoreció en aquel viaje á su V. Comisario, y los extraordinarios esfuerzos con que veía á los demás Compañeros llevar los trabajos del camino, haciéndose los menos penosos, el exemplo y santos ejercicios que el V. Padre hacia en ellos. Llegados á Sevilla, y hecha la reseña de los veinte y quatro Misioneros, pasaron á Cadiz deseosos de embarcarse, y era de admirar una Misión tan florida, compuesta de Sugesos doctos, místicos y graduados, unos por la Cátedra y otros por el Púlpito:

esto mismo confundía al V. P. Diez con su propio conocimiento, pues dice: «bastantes veces, con razón, temí que por indigno de su compañía, y como á inútil para tan alto ministerio, me despidieran de la Misión.» Pero esa ingenua humildad era la mas apta para los soberanos designios del que eligió unos pobres pescadores para la dignidad de Apóstoles.

Estaba publicada la salida de la Flota para el día de San Juan, y esto afligía á los Misioneros, pues no pudieron juntarse de tan distantes partes hasta tres de Julio, y quando temian llegar tarde, se hallaron con la novedad de que no habia de ser el viaje hasta de allí á ocho meses, por lo que considerando las graves incomodidades que de tan pesada demora se les habian de seguir en agenas Provincias, se fueron retirando los mas de ellos á las suyas propias. Con este exemplo, se juntaron varias circunstancias que influían graves desconuelos en el V. P. Diez, pues no faltó persona de autoridad que le dixera que la ida á las Indias no podia ser para conversiones de Gentiles, pues en ellas estaban ocupadas las Religiones, ni tampoco la Provincia de Michoacán habia de conceder el Convento de la Santa Cruz, que era de su Recoleccion, y en demandas y respuestas se pasaria el tiempo, andando los Religiosos vagueando por las Provincias. Con tan fuertes motivos, el volverse el Padre á la suya, ni carecia de exemplares, ni se podia acusar de veleidad, y le proporcionaba el volver con honra á gozar de sus Padres y parientes.

Pero no era fácil de eludir con aparentes pretextos la eficacia de la vocacion con que el Señor le habia

elegido para el ministerio apostólico, ni que dexara de sentir aquella venturosa llama con que el divino amor calienta el alma, y su gracia le hizo ver vanos esos temores, y aborrecer el Mundo para predicar á Christo crucificado, por lo que obedeció gustoso el órden de su V. Comisario, de repartirse por los Pueblos de aquellos contornos, exercitándose en hacer misiones. Ya con nuevos afanes y viajes habia el V. P. Linaz reemplazado de nuevos Operarios su Misión, y antes de embarcarse, quiso que gustaran de la gracia del ministerio, para que intrépidos, y como sucesores de los Apóstoles, rompieran desde allí la guerra que habian de continuar en estos Reynos contra el poder de las tinieblas, haciendo misión en aquella populosísima Ciudad de Cadiz, y resultaron de ella tan abundantes frutos, que pudieron satisfacer al ardiente zelo de sus Misioneros: dispuso tambien que se embarcaran en diversos navios, para que en todos se continuara la misión, con mucho consuelo de los pasajeros, y desde luego tuvieron ocasión para emplear su zelo, porque desde la salida se levantó un vendabal tan furioso, que arrojaba las naves á la Costa de Berbería, y para no estrellarse unas á otras, se dividió la Flota en dos Esquadras, que no pudieron unirse hasta Puerto Rico. Era la pena de verse todos en el último peligro de perder las vidas tan evidente, que tuvieron bastante que hacer los Misioneros, pues olvidados de sí mismos, solo atendían á confesar, exhortar y consolar á los afligidos. Todos anhelaban por llegar á Vera Cruz, para descansar de un viaje que duró mas de tres meses, y desahogar el ánimo de tan prolixos tra-

bajos; pero se aumentaron los tormentos hallando sus calles llenas de cadáveres mal enterrados, prisioneros de los Piratas los vivos, profanados los Templos, robados los caudales y consumidos los víveres: no hallaban aquellos pobres Religiosos mas pan que el de lágrimas, ni mas sustento que pocos frixoles mal cocidos, y algunos mendrugos de vizecho prieto, pues aun los Comerciantes ricos se contentaban con las sobras de los navios.

Mandó el V. P. Fundador que los Misioneros de dos en dos se fueran saliendo, y como sucesores de el báculo y el Breviario: el P. Diez tomó el camino con especial consuelo, por haberle dado de Compañero al V. P. Fr. Antonio Margil; y abrigándose á una Requa de Azogue, venian atenidos á algunos pedazos de vizecho que solian darles los pasajeros, pero les pagaban á los Arrieros su sombra con luces de doctrina, porque en parando se rezaba de rodillas el santo Rosario, y se les hacia una plática doctrinal y devota para el reforme de sus vidas. Antes de llegar á Cotastla tuvieron órden del V. P. Comisario, de que hiciesen misión en los Pueblos del tránsito, y la hicieron allí y en Guatusco, y entrando en el Pueblo de San Lorenzo, que es todo de Negros, se hizo con indecible fruto, el que se veía en las crueles penitencias que hacían, y la compuncion y lágrimas con que se confesaban. Así continuaron por los demás Pueblos, en los que entraban cantando la Letanía de nuestra Señora hasta la Iglesia, en donde predicaban y explicaban las circunstancias necesarias para una confesion fructuosa, y confesaban los días necesarios á su consuelo, sin perdonar trabajo algu-

no, no siendo el menor, el ser tiempo de lluvias, y no tener otra túnica con que mudar las mojadas, que se les secaban en el cuerpo: con estas incomodidades, y otras no poco penosas, llegaron á San Juan del Rio, en donde el P. Diez prosiguió misionando el tiempo que tardó en ir á Querétaro. Fue esto el dia de la gloriosa Asuncion de nuestra Señora, que guiados de tan feliz estrella, llegaron á parar en la sombra del árbol de la vida, y con su amparo establecieron el nuevo Colegio y la Regular Observancia de la Regla Seráfica, conforme á los Estatutos de sus particulares Bulas, añadiendo otras devociones y ejercicios espirituales, para fomento del Instituto. Luego renovaron los fervores del zelo apostólico, y publicaron los Jubileos en una mision que hizo reformar muchos abusos y establecerse la frecuencia de los santos Sacramentos, y de otros devotos ejercicios: en todo habia dado el V. P. Diez, pruebas de la suficiencia y zelo que hacen al ministerio, y por ellas, al siguiente mes de Octubre, le escogió el V. P. Fundador para que le acompañase en la mision que hizo en la Imperial Corte de México, en la que trabajó predicando en las Parroquias, Monasterios, calles y plazas, siendo incansable en el Confesonario. En esta mision se sintió tan ilustrado de un perfecto desengaño el R. P. Fr. Antonio Escaray, Predicador del Rey, y aplaudido de todos por su doctísima eloquencia, que renunció la Guardianía del Convento Grande, y se vino á honrar el Colegio, gloriándose de ser Predicador Apostólico, y en una ocasion le dixo al P. Diez: «harto me confundió S. C. quando le oí predicar en el patio de San Francisco, que me decia yo á mí mismo: ha Fr.

«Antonio, este muchacho te representa. ¿De que sirven tus flores? «Esto es lo seguro.» Y si este tan ruidoso y exemplar desengaño no fue efecto del zelo del V. P. Diez, no se puede negar que conduxo mucho para perfeccionarlo.

Concluida esta famosa mision, repartió el V. P. Fundador á sus Misioneros, para que fueran predicando por varios rumbos: al P. Diez le envió al Obispado de Puebla, y con otros Compañeros fue misionando por muchos Pueblos hasta Atrixco, en donde le llegó orden de venirse al Colegio, y lo hizo, dice, «con harto dolor de no proseguir la cordillera que llevaban á la tierra caliente.» No venia á descansar al Colegio, sino á cargar mayor trabajo, porque habia Dios dotado el espíritu de su V. Fundador de zelo tan apostólico, que lo infundia en sus Hijos, abrasando sus corazones en el bien de las almas y salvacion de todos; y así, les enviaba como voladoras nubes que agitadas del poderoso viento de las divinas inspiraciones, fecundaron con la doctrina evangélica las mas remotas regiones de todas las Indias, y cogieran en la propagacion de la Fe y glorias de la Cruz, muchos frutos que consagrar á la honra de su crucificado Dueño. Tal fue la empresa á que destinó el año de ochenta y quatro á quatro escogidos Misioneros que por el mes de Marzo salieron del Colegio para la Provincia de Yucatán ó Campeche.

Fue uno de ellos el V. P. Diez, y no es de poco honor á su virtud y zelo el haberlo acompañado á tres Varones tan insignes, que en aquellas tierras merecieron el P. Fr. Melchor Lopez y el P. Fr. Antonio Margil el elogio de ser sus Apóstoles, y el P.

Fr. Francisco Casañas, el de coronar su vida con la guirnalda de darla por la Fe en el Nuevo México: con este invisto Soldado salió acompañado el V. P. Diez desde el Colegio, y habiendo llegado á Veracruz antes que los otros, quisieron lograr la ocasion de hacer mision en ella, ya que se frustró quando vinieron de España, y la publicaron con grande aceptación de todos sus Comerciantes, ayudándoles con fervor los Religiosos de aquel Convento: fue notable la concion y ópimos los frutos de ella, y vino á completarla el M. R. P. Comisario General, predicando el último Sermon de penitencia. Pasaron los Misioneros al Castillo de S. Juan de Ulúa, donde no fue menor el espiritual provecho de muchísimas almas, así de las que lo habitan, como de las que acudieron por ganar los Jubileos.

Poco despues de idos de aquel Puerto, llegó á él el V. P. Linaz, y fue de gran consuelo á su espíritu el haber sabido los laboriosos empeños del zelo de sus hijos, y sabiendo que estaban en la Ciudad de Mérida, quiso congratular sus trabajos con esta familiarísima Carta: «ó Beata Trinitas. Queridos Hermanos míos, P. Fr. Joseph Diez, y P. Fr. Francisco de Jesus Maria, la gracia del divino amor sea siempre en nuestras almas, para que en todas partes hagamos la causa de nuestro amorosísimo Dios y Padre amantísimo, como verdaderos Hijos de nuestro Serafin encendido y abrasado de amor. Así les miro, así les contemplo á ambos á dos, predicando con exemplo y con palabra en esa Ciudad de Mérida, que aunque hay mucho que hacer, porque el enemigo no dexa de sembrar zizaña, mas ha de poder el

«buen exemplo y la palabra divina, y que salgan tambien por otros lugares de esa Santa Provincia. Ruego á Dios me guarde á mis queridos Hijos &c.» Tan impresas llevaba las apóstólicas tareas de sus dos Misioneros, que desde la Havana les dá noticia de las suyas propias, y les exhorta á trabajar entre los Gentiles con paternales afectos.

El dia quince de Abril se embarcaron los quatro Misioneros con el M. R. P. Comisario Gral. que iba á hacer el Capítulo Provincial de Campeche, y á los ocho dias dieron en su Puerto: al tercero de su llegada publicó el Superior la mision con expresiones tan vivas, que valiéndose del Evangelio del dia, que dice: sacaron los Apóstoles las redes llenas de grandes peces, les decia: á eso vienen los Misioneros, á buscar pecadorazos, no pecadorcillos de no nada; y fueron estas palabras de tanto aliento para los tímidos, que dice el P. Diez le llegó á él uno y le dixo, que le habia abierto el Padre el corazon con aquellas palabras, y se confesó de todas sus culpas; pero quando se conoció mejor el fruto de la mision, dice fue el dia de la Procesion de penitencia, por las excesivas en que se exercitaron, inventando nuevos modos de atormentar los cuerpos, para mas purificar las almas, siendo necesario mediase la prudencia los extremos, quitando penitencias, para que los indiscretos fervores no pasasen á vicio. Siguiéron los Misioneros predicando por los Pueblos circunvecinos hasta la Ciudad de Mérida, en donde volvió á publicar la mision el Superior General, y oían á los Padres con aceptación tan devota, que les quedó impresa su doctrina, de forma que el mismo P. Diez dice, fue testigo de la fir-

meza de sus propósitos, y los experimentó todo el tiempo que estuvo en Mérida, que fue dos años, y aun después le escribió un confidente suyo, perseveraban en lo comenzado.

En el tiempo que los Padres estaban en su apostólico ministerio, el Prelado celebró el Capítulo, y deseando restablecer el Instituto Recoleta que sesenta años había que se había establecido en un Convento cercano á la Ciudad, llamado el tránsito de la Mejorada, le pareció que teniendo allí quatro Religiosos, cuya rígida observancia de la Regla y estrechísima pobreza había experimentado él mismo, y cuyos Estatutos Apostólicos son muchos, los mismos que los de los Recoletos, ya tenía logrado su intento, pues estos ordenan: »que si desahalliere el modo de vivir recoleta, y no permaneciere en su primera entereza, podrán los Prelados Generales llevar Frayles de otras Provincias y hacerlos Guardianes.» Y proponiendo su intento al R. y V. Definitorio, se lo aplaudieron, y nombraron por Guardian del nuevo Instituto al V. P. Fr. Melchor Lopez: todo esto se les hizo saber á los Misioneros, los que rendidos obedecieron.

Veían aquellos Apostólicos Operarios de un golpe destruido su propio Instituto, para cuyo ejercicio habían venido al Colegio, y conferenciando los graves inconvenientes que de él resultaban, se postraron á los pies del Superior, representándolos con humildad, y con eficacia el daño que se seguiría á muchas almas que necesitaban de doctrina en aquellas remotas Provincias, y mas á las naciones Gentiles que se escondían en sus montañas, y fueron sus súplicas bien aceptadas del Superior, que no podía negar la verdad de sus razones,

por lo que renunciando la Guardianía el P. Fr. Melchor, se embarcaron en una Piragua, y el Prelado les impuso precepto para no volver sin nuevo orden á Mérida: estos favorables sucesos les hacia suaves los intolerables de tan incómoda embarcacion, pero la providencia de Dios quería con nuevos trabajos exercitar su constancia, porque arribando ya á la Barra de Tabasco, les salieron tres embarcaciones de Piratas, que les obligaron á tomar á todo riesgo la vuelta de Campeche, á donde por fin llegaron.

Desembarcados los Misioneros, se fueron al Convento, y el Prelado, haciendo del accidente misterio, les dixo: he pensado que ha sido castigo de Dios porque no se quedaron á fundar la Recoleccion, y les mandó que fuesen al Coro á hacer oracion particular, para que se determinara lo que mas conviniera: á poco rato les mandó llamar, teniendo ya hechas unas cédulas, con las que sorteó que se quedaran dos para dicha fundacion, y fueron el P. Fr. Joseph Diez y el P. Fr. Francisco Casañas: fue este un nuevo dolor para el P. Diez, que confiesa que á no impedírsele la obediencia, hubiera replicado, pareciéndole imposible una nueva fundacion de Recoletos con solo dos, y estos los menores de los quatro: pero que se persuadió á que en ella se debería mas á la disposicion divina que á la industria humana: esto mismo respondió al Prelado, preguntándole si quedaba consolado. Le respondió tambien: »si la obediencia me envia, yo no sé á lo que voy, la obediencia me ha de enseñar y lo ha de hacer todo.» Era esto, por negar su propia voluntad, negarle al entendimiento las luces, pues bien conocía que no se han de buscar en las suer-

tes las resoluciones, quando la razon clara y prudente demuestra la verdad que se investiga, y la que se habia atendido en la resolucion primera.

Rendidos á la obediencia, tomaron el camino para Mérida, y presentadas las Patentes al R. P. Provincial, pasaron al Convento de la Mejorada, en cumplimiento del orden del Superior Prelado, y dieron principio á la fundacion de aquella Santa Recoleccion el dia diez y seis de Julio del año de mil seiscientos ochenta y quatro. Desde el mismo, pusieron los Fundadores el mayor esmero en cumplir y zanjar el Instituto Recoleta en sus particulares Constituciones, apoyadas en la raiz y origen de donde proceden y dimanar todas las virtudes, que es la santa oracion; pues quien toma con empeño qualquiera negocio, aunque sea exterior, si poniendo los medios humanos, invoca en la oracion el favor divino, seguro tiene su feliz suceso, sin que sean bastantes á impedirlo ni todos los lazos y tropiezos que atraviese el comun enemigo, ni todos los intereses y falacias del Mundo.

De suerte que se dan las manos intimamente la oracion y los negocios; por eso quando aquella sube á tratar con Dios, estos baxan á mirar el espiritual provecho del próximo, y sin que la caridad se entieve en lo que obra, se fervoriza en lo que contempla, y así, se transforma el alma de claridad en claridad, de deseo en deseo quando sube, y se perficiona de virtud en virtud quando baxa, porque en la oracion como Maria, y en las obras como Marta, solo solicita el mayor servicio de Dios, y su mayor honra y gloria. Á este fin unieron los dos Fundadores el ascético del Instituto Recoleta, y el laborioso del mi-

nisterio apostólico, y con ambos procuraron preservar de la humana corrupcion los preciosos frutos que en la mision próxima habian logrado, imponiendo el exercicio de la Via-Sacra todos los Viernes del año, y los Domingos y fiestas principales, el rezar la Corona de Maria Santísima y otras devociones, cuyos exercicios concluian con fervorosas pláticas, ya dogmáticas, ya morales, que con vivas exhortaciones producian la frecuencia de los santos Sacramentos, y para eso no faltaban del Confesonario.

Era esta práctica, conforme á una Constitucion recoleta que dice: »se ha visto por experiencia, que el estado de la Recoleccion no solamente es necesario para acrecentar la devoción de los Seglares, sino tambien para conservar la pureza y hermosura de nuestra Orden.» Y por eso se experimentó uno y otro en aquella nueva fundacion, pues era tal el fervor de los Bienhechores en sus devotos socorros, que á porfia se los franqueaban á los nuevos Recoletos, y con tal profusion, que con las limosnas mendigadas y graciosamente ofrecidas, se sustentaba el Convento, sin que se llegara á experimentar aquella grave necesidad en que el Instituto Recoleta juzga necesario el tener Síndico; antes les fue preciso muchas veces poner cotos al pedir la limosna, para no exceder los límites de la santa pobreza que intima la Regla Seráfica.

Desde el principio de la fundacion fue instituido el P. Diez Maestro de Novicios, y aunque desde luego hubo pretendientes, les iba probando con prudencia, para que no fuese su vocacion novelera, é instruyéndoles en lo rígido del Instituto, por lo que

no se determinaron á abrir el Noviciado hasta los seis meses en que ya tomaron algunos el hábito. Bien presente tenia el V. P. Diez la disciplina regular en que fue educado, pues procuró conservarla toda su vida, como tambien la práctica de las Constituciones Apostólicas con que se habia fundado el Colegio; y aunque no hay memoria de algun particular método que observara en su Noviciado, pero es de creer que con doctrina y exemplo lo haria ver, y en lo que consiste ser buen Religioso, pues se aplicó con tanto esmero á criar en virtudes y religion á aquellas tiernas plantas, que despues descollaron en árboles fructuosos, para mantener y conservar en toda su entereza tan exemplar Instituto. Era de gran consuelo espiritual y temporal para los dos Compañeros, el llevar juntos sus indispensables trabajos é interiores congojas, gravadas con los cuidados y fatigas de una fundacion Recoleta; pero el temperamento fue destemplando la complexion

CAPITULO VIII.

Vuelve el V. P. Diez á su Colegio, y las fervorosas diligencias que hizo para ir á Misiones de Infieles.

CON dobladas angustias, soledad y desconsuelo pasaba el V. P. Diez en su Convento Recoleta ya mas de un año, pues quando llegaron á él los Reverendos Padres del Santo Evangelio, estaban próximos á profesar los Novicios que habian tomado el hábito seis meses despues de su fundacion, y como en el Colegio habia inopia de Religiosos, se valió el Prelado de tan oportuna coyuntura para mandarle se restituyera á él, lo que hizo con tanto

del P. Fr. Francisco, hasta perder del todo la salud, y en juicio de los Médicos, con gran riesgo de perder la vida, por lo que le persuadieron debia dexar la tierra y salir á otra mas templada: para esto le pidió su licencia al R. P. Provincial, y se puso en camino para México, con el fin de informar al Prelado Superior de todo lo practicado, y que fueran mas Obremos á perfeccionar en el Instituto aquel Convento: acudióse á la fuente de donde siempre han manado las aguas vivas de la Releccion mas perfecta, y la Santa Provincia del Santo Evangelio proveyó con dos de sus Hijos, dignos de eterna memoria por su virtud y zelo de la mas rígida y pura observancia, con lo que viéndose el P. Fr. Francisco imposibilitado de poder volver á Mérida, se retiró á su Colegio para los fines que la divina Providencia disponia su vida, y premiarla con una muerte gloriosa.

gusto, como era el amor que tenia al ministerio apostólico, habiendo asistido en aquel Convento dos años y dos meses, siempre de Maestro de Novicios.

Á veinte y tres de Agosto del año de seiscientos ochenta y seis se despidió de Mérida, con notables demostraciones de veneracion y amor con que todos sus moradores le habian estimado, y no sin correspondencia de su agradecido afecto, quedando en corriente correspondencia

con personas piadosas, que procuraban fomentar los espirituales ejercicios en que se empleaban muchas almas. No sacó para su dilatado viage, mas que el báculo y el Breviario, caminando á pie, y sin mas provision que la de la Providencia. Con esta misma se embarcó en Campeche, y pagaba el viage y los alimentos con el pan de la doctrina, y confesar á quantos se lo pedian. Desembarcó en Veracruz, y tomando el camino á pie y con tanta descomodidad, ya por los rigores del temperamento, ya por la necesidad de alimentos y mucha decadencia de fuerzas, cayó enfermo muy gravemente en la Villa de Córdoba, en la que restablecido de tantos trabajos, se mejoró, para proseguir con su religioso teson hasta el Colegio, en el que entró el veinte y uno de Noviembre del sobredicho año.

Fue recibido de todos sus Hermanos, con el gusto y aprecio que sus virtudes y prendas le habian merecido; pero es insaciable y santa la codicia que tiene el zelo ardiente del bien de las almas, y por eso es enemigo del ocio, y solo en afanar descansa, porque sus ansias no se contentan con los frutos que coge, y así, está siempre anhelando por aumentarlos, y ganar con los talentos con que el Señor le favorece, mayores ganancias: por eso quando acababa el V. P. Diez de trabajar mas de dos años en continuas y penosas tareas, que uniendo las de ambas vidas habian sido de grandes provechos á las almas, quando acababa de sufrir las penalidades del mat y de la tierra, y de una enfermedad gravísima, y quando en la quietud de su Colegio podia tomar un moderado descanso, y recobrar las fuerzas de su fatigado cuerpo, em-

prende el emplear todos sus alientos en el ministerio apostólico á que Dios le habia destinado, no mirando la predicacion apostólica como empleo de una aplicacion piadosa, sino como cargo de que su Magestad le habia de tomar estrecha cuenta, y en su satisfaccion salió luego con otros Compañeros á misionar por el Valle de Toluca, empezando desde la Ciudad de Lerma, y recorriendo los demás Pueblos de aquella Comarca. Fueron los frutos de estas misiones tan grandes, que el mismo Padre se habia reservado su individuacion para ocasion mas oportuna, pero ó no la tuvo, ó se perdió su memoria.

Ya queda dicho que acabada la mision que se hizo en México el año de ochenta y quatro, les mandó el V. P. Fundador se repartieran por varias partes misionando; cinco destinó al Obispado de Puebla, y el P. Diez fue uno de ellos, que continuando en predicar la palabra divina, hacian gran fruto en las almas, y llegando á Atrisco, les llamó la obediencia para el Colegio, y fue con harto dolor de no poder proseguir la cordillera que llevaban á tierra caliente; y como semejantes dolores no se curan sino con apropiadas medicinas, teniéndolo todavia arraigado en el corazon, solicitó la de ir á misionar en aquellas tierras, como lo hizo, entrando con otros Compañeros, sin reparar en el trabajo de andar á pie desde Querétaro, y haber de sufrir las molestísimas plagas de Niguas, Garrapatas, Moscos y venenosas sabbandijas, que causan demasiadas molestias y peligros de la vida; pero el Señor les consoló en sus fatigas con mayores ganancias y bien de aquellas almas, pues sus infelices habitantes, que por la mayor parte son Negros,

Ec

apenas tienen pasto alguno de doctrina, y siempre están hambrientos de ella, por lo que recibían la misión con ansia, y por las confesiones y penitencias que voluntariamente hacían, daban muestras de una contrición verdadera.

No eran estas y otras apostólicas tareas en que el V. Padre incansable se ocupaba, bastante lenitivo al dolor que sin cesar le afligía, de haberse frustrado el penoso viage que hizo hasta Campeche, y el eficaz deseo de promulgar el Santo Evangelio entre aquellos miserables Bárbaros, y mas, oyendo los admirables progresos con que sus Compañeros estaban propagando la Fe entre ellos; y para dar algun alivio á su pena, sabiendo que el V. P. Estevez iba á México con el intento de pedir licencia al Superior General para pasar á Guatemala á las conversiones en que los Compañeros trabajaban, se convino con él en confianza, para que alcanzara para los dos la licencia, que tambien le pedia al Superior por Carta; podia estorvar su designio el ser actualmente Vicario del Colegio, y por eso renunció con tiempo, y consta haber renunciado el mes de Septiembre del año de noventa.

Eran tan patentes las razones que el P. Estevez expuso al Superior, que vino en conceder la licencia, pero tan limitada, que solo era para seis ú ocho meses; en los que habian de ir á la Talamanea, catequizar, bautizar y dexar los Neófitos, para volver al Colegio. Bien conocieron los Padres que esto era mandar imposibles; pero sus fervorosos deseos de acompañar en sus espirituales conquistas á sus Hermanos, les hicieron emprender el viage, esperanzados de que llegando á Guatemala, le representarian al Pre-

lado los trabajos de tan penoso camino, y le suplicarian les diese el tiempo necesario para cumplir las obligaciones del Instituto Apostólico, para cuyo fin dexaron sus Provincias y vinieron á este Reyno. Con estos designios caminaban para Guatemala, y les era de gran consuelo ver por aquellos caminos en que habian misionado, los Venerables Padres Fr. Melchor y Fr. Antonio, las demostraciones de devocion que hacian al culto divino y á los Sacerdotes, los Indios, pues al entrar en los Pueblos cubrian el suelo con petates y flores, saliendo multitud de hombres y mugeres que los conducian á la Iglesia, y esto lo hacian, solo porque eran Compañeros de los otros Padres que ellos llamaban Santos.

Complaciase la divina Providencia en los pasos de sus Ministros; pero como es incomprendible en sus disposiciones, los dirigia de diverso modo del que habia emprendido su zelo, y fatigados del camino, hambre y penosos trabajos, en llegando á una estancia de él, llamada Macuilapa, cayó el V. P. Fr. Joseph Diez gravemente enfermo, y se habia temido fatal; pero algo convalecido, siguieron hasta Chiapa de los Indios, en donde sucedió lo mismo al P. Estevez, y así lograron ambos el mérito de sus trabajos, á que cooperó tambien el de ser pobres.

Todas estas demoras parecieron dispuestas de lo alto, porque quando se disponian á proseguir su camino, les llegó obediencia del Superior General, por la que les mandaba se volviesen al Colegio, por la falta que en él habia de moradores: ofrecieron al Señor el sacrificio doloroso de sus propias voluntades, y volvieron á des-

andar ciento y ochenta leguas, con harta verguenza y desconsuelo; pero la humildad y modestia en semejantes infortunios, fueron siempre las flores con que la paciencia y constancia labran las guirnaldas de que se corona la obediencia.

Oculto, no extinguido, quedó en el corazon del V. P. Diez el fuego de la caridad con que deseaba propagar la Fe en las naciones bárbaras, y por eso, habiéndose revelado las Provincias del Nuevo México, quitando la vida á veinte y un Religiosos, el Superior Prelado exhortaba á todos los Religiosos para la reduccion de aquel apostata Reyno, y luego que llegó su patente al Colegio, se alistaron en aquella espiritual milicia ocho Misioneros, siendo uno de ellos el V. P. Diez; y habiendo salido del Colegio el día veinte y dos de Junio, caminaron mas de quatrocientas leguas á pie, con indecibles trabajos por lo áspero y desproveido del camino, que duró hasta diez y seis de Diciembre que llegaron á la Villa de Santa Fe, Cabecera de aquel Reyno; y aunque les recibieron los Indios con exteriores muestras de paz, era por solapar la sublevacion que estaban alevosamente fraguando, como despues se vió.

Fue la llegada, no para refrescar de tan penosa y larga caminata, sino para tolerar nuevos trabajos, porque no tuvieron mas alvergue que el de aquellos campos, sufriendo las inclemencias del Invierno, y sus nieves y yelos, como tambien las de la hambre y falta de alimentos, que les hacian esperar la muerte, ó á manos de los Indios, ó al rigor de tan crueles necesidades. Fue el R. P. Custodio asignando los Misioneros por Ministros de varios Pueblos: al P. Diez le

destinó para que administrara en aquella Villa á los Soldados pobladores y á los Indios Tanos que se habian fortificado en ella. Eran estos dos fuertes empeños para el zelo de un Misionero, y siendo muy ingratas las reflexiones que le hacian intolerable el primero, el segundo le fue muy doloroso.

Los Indios Tanos, antes de la rebelion, habitaban el Pueblo de Santa Cruz de Galisteo, y teniendo un hermoso Templo de Parroquia y otro en una aldea, dedicado á San Christoval, irritados de un furor diabólico el día del levantamiento, mataron impiamente los dos Sacerdotes sus Ministros, y profanando las cosas sagradas, incendiaron y demolieron las Iglesias, y se refugiaron en la Villa, pensando tener en ella un fuerte Presidio, y se les convirtió en cadahalso, porque velando los Españoles sobre sus astutas cautelas, vinieron á descubrir su alevosia y rebeldé pertinacia, que comprobada por el Gobernador, sentenció á muerte á mas de sesenta. Consideraba el V. Padre que aquellos Reos eran en la Fe Neófitos, en las costumbres bárbaros y en los genios feroces, y así, véia su eterna condenacion tan próxima como la de su sentencia; y como se afligia su espíritu, sin tener otro recurso que al Tribunal divino, implorando para sus almas la divina misericordia con incensantes oraciones y lágrimas, á eficacia de sus desvelos y exhortaciones, les hizo creer que el Señor les perdonaria todas sus culpas, si se arrepentían de ellas, persuadiéndoles á confesarse; y con esta disposicion fue auxiliando á cada uno en el suplicio, dándoles despues sepultura eclesiástica, en el concepto de haber sido verdaderas las muestras que dieron

de su penitencia.

Mayor angustia fue la que se siguió inmediata á esta, porque les asaltó á las Viudas é Hijos de los ajusticiados una mortal epidemia, y como no sabia su idioma para confesarlas, se valió de Intérpretes, y así las pudo disponer para recibir los santos Sacramentos y auxiliarlas en su muerte, sin que ninguna muriera sin el santo Oleo, llegando tambien á sesenta las que enterró, con quarenta párvulos hijos suyos. Fueron todas estas muertes tan seguidas, lastimosas é irreparables, que si tenían en confusion á las gentes, tambien era para todos de admiracion ver aquel zeloso é infatigable Misionero de dia y de noche lleno de amarguras, pero ocupado en el ministerio, ya exhortando á los ajusticiados, ya confesando á los moribundos, ya enterrando los muertos, ya administrando los Sacramentos á los Soldados y Vecinos, sin acordarse de sí, para tomar algun descanso ó los precisos alimentos.

No era esta especie de fatigas la que el V. P. iba buscando en aquellas tierras, pues conocia lo que era ser Párroco de Presidio, y no tener Indios en quienes exercer el catequismo; y por eso, serenada la pasada tormenta, le suplicó al Custodio le destinara á Mision de Gentiles, como ocupacion mas propia de su Instituto: fue necesario que repitiera su súplica, porque estaba en la Villa muy estimado, y no quisieran que les faltase tan zeloso Ministro; pero el R. Custodio, atendiendo á su consuelo, le dió la obediencia para unos Pueblos de la nacion Tequa, bastante retirados. Viéndose ya el V. Padre con dos Pueblos de Gentiles, y en el ejercicio del ministerio apostólico, que tantos pasos ^{at} icitudes y congoxas le ha-

bia costado, se entregó todo al catequismo de aquellos miserables Gentiles; y con la suavidad natural de su genio y amoroso trato, les fue atrayendo, é instruyendo en los divinos Misterios, hasta hacerles capaces del santo Bautismo y de los demas Sacramentos, casándoles, y beneficiando sus almas de todos modos. Trabajaba tambien personalmente con ellos para enseñarles á buscar su propia subsistencia, para que con ella pudieran conservarse en la Fe y Doctrina Christiana, sin verse necesitados á andar vagueando por los montes como las fieras. Tres años se mantuvo el V. Padre en aquellas tierras y sus laboriosas tareas, hasta que le llamó la obediencia para el Colegio, al que llegó el mes de Mayo del año de noventa y seis.

Nada satisfacía al ardiente zelo con que el V. Padre estaba siempre ansiando por la conversion de los Infieles; y aunque esta le tenia ya bastante costo y trabajo, aunque la obediencia le ocupaba en otros ministerios, pero como siempre humeaba en su corazon mal apagado aquel fuego, con qualquiera chispa se levantaba el incendio. Ninguno podia hacer ventaja en el zelo de la conversion de los Gentiles al que habia sido su Apóstol en los dos Reynos el V. P. Fr. Antonio Margil, y con todo, sacándole de sus Conversiones la obediencia para Guardian del Colegio, luego que llegó, nombró, con el R. y V. Discretorio, al P. Diez por su Vicario, y aunque al año pretendió renunciar el oficio, como la primera vez, por haber escrito un Misionero de la Talamanca que habia allá falta de Ministros; pero proponiendo al V. Prelado sus deseos, le denegó este consuelo, para que tuviera el mérito de ellos, y

de no obrar cosa ninguna por su querer propio, mirando en esto, que son mas necesarios en el Colegio hombres de respeto y exemplo para su conservacion y de la del Instituto Apostólico.

No le impedian las ocupaciones de Vicario las del Instituto, teniendo un Prelado, que gobernando con el exemplo, si era idea animada de un perfecto Religioso, igualmente lo era de un zeloso Misionero, y uniendo sus intenciones, eran los dos uno solo para el gobierno: con esta máxi-

ma, era exáctísimo en los actos de Comunidad, y en los ejercicios espirituales y de mortificacion: era indefectible en la oracion y demas asistencias que exige la disciplina de una Comunidad arreglada: le imitaba en las continuas tareas del Confesonario y del Púlpito, y en todo lo que podia ser del servicio de Dios ó bien del próximo, con lo que llenó las obligaciones del oficio hasta el año de setecientos, en el qual parece que fue nombrado Escritor del Colegio.

CAPITULO IX.

Sale el V. Padre á misiones de Fieles, y le hacen Guardian del Colegio, Secretario General, y Comisario de Misiones.

CON gloriosa emulacion, quando un Ruiseñor canta, le responde como á competencia otro, quedando empeñados ambos en llenar el ayre de su sonora armonia, de suerte que el que desfallece y queda vencido, primero pierde el espíritu que la voz, antes dexa la vida que el canto: igual emulacion, pero santa, parece que tenían los Venerables Fundadores del Colegio, aspirando al logro de los mejores carismas y gracias con que el Señor condecoraba el apostólico ministerio: el Púlpito era la palestra en que como enviados de Christo exáltaban la voz y esgrimian la espada de la divina palabra, para hacer guerra al Demonio y sus aliados, con tal valor y constancia, que primero dexarian la vida que la predicacion apostólica, y antes se expondrían á la muerte, que dexar de cantar ni de jugar las armas de la verdad y doctrina evangélicas, pues á los que Dios escoge para que por su medio se salven muchos, no solo se

han de ocupar en la contemplacion de la divina hermosura, sino que han de levantar la Vandera de la Cruz, para alistar en su adoracion y seguimiento los Pueblos. Buen exemplar fue el Salvador del Mundo, que daba las noches á la oracion, y empleaba los dias en beneficio y enseñanza de los mortales.

Con estas sólidas máximas, luego que el V. P. Diez se vió libre de la precisa residencia en el Colegio, salió con otros Compañeros á predicar á Christo crucificado, llenando de melodía las almas, con cantarles sus divinas finezas y eternas misericordias. Comenzaron desde el Pueblo de San Juan del Rio, y entrando por el Charcon y Tequisquiapa, fueron fecundando con copiosas lluvias de doctrina y enseñanza todos los Pueblos de aquella Jurisdiccion y comarca, bendiciendo el Señor sus trabajos, en los copiosos y ópimos frutos que acopió en las troxes de su Iglesia, y dándoles á sus Ministros la gracia de du-